

ACLARACIONES SOBRE LÓPEZ VELARDE

SE HA ESCRITO TANTO Y TAN DESCUIDADAMENTE SOBRE LÓPEZ Velarde que la industria lopezvelardeana pudiera cambiar de giro: dedicarse a las aclaraciones. Por ejemplo: en el prólogo a las *Poesías completas* y *El minuterio* (Porrúa, 1953), Antonio Castro Leal se dejó decir que López Velarde "no era un gran lector. Creo que nunca pudo apreciar los méritos de una obra que no estuviese escrita en español, y además se rehusaba a leer a los grandes autores extranjeros en traducciones, declarando que sólo los leería en su lengua original, lo cual era condenarse a no leerlos nunca porque no tenía interés en el aprendizaje de los idiomas". Afirmación sin fundamento, como aclararon Luis Noyola Vázquez, Allen W. Phillips, Porfirio Martínez Peñalosa, Eugenio del Hoyo y Tarsicio Herrera Zapién, por lo que hace al latín y al francés.

Las quejas de que todo está dicho sobre López Velarde son absurdas: todo está por aclararse. Estamos lejos de tener descifradas sus metáforas o su biografía. ¿Será verdad que Ramón López Velarde y Manuel Gómez Morín vivieron y trabajaron juntos, como dijo María Nevares? ¿Es el Partido Católico Nacional, donde militó López Velarde, antecedente del Partido de Acción Nacional? ¿Es casualidad que el órgano oficial del PCN, donde López Velarde escribió la tercera parte de sus obras completas, se llamara *La Nación*, como se llama ahora el órgano del PAN? López Velarde ¿fue ministro de instrucción pública, como dicen la *Enciclopedia de México* y el *Diccionario Enciclopédico de México*? ¿Fue también oficial mayor de la Universidad y abogó por la autonomía en 1917, como escribió Salvador Toscano? ¿Cómo pudo hacer declaraciones contrarias a la política neutralista de Carranza en la Primera Guerra Mundial, trabajando en Gobernación? ¿Murió sin casarse por razones metafísicas o porque aspiraba a más y fracasó? La adopción de López Velarde como figura tutelar, que hicieron los futuros Contemporáneos, ¿fue contra Alfonso Reyes? ¿Por qué Torri, que empieza celebrando a López Velarde, acaba regateándole méritos?

Todo está por aclararse. En la primera versión de "Un amor imposible de López Velarde" (*Vuelta* 110, enero de 1986), supuse equivocadamente que Pedro Antonio de los Santos ya se había recibido de abogado el 20 de noviembre de 1910 y que era el presidente del Centro Antirreeleccionista de San Luis. Ni se había recibido, ni era el presidente, sino uno de los vicepresidentes (el otro fue Carlos Siller y Siller). El presidente fue el Dr. Rafael Cepeda de la Fuente, blanco de medio centenar de artículos mordaces de López Velarde, que fue el secretario del CASLP, como supuse entonces y confirmé después. (Al triunfo de la Revolución, el Dr. Cepeda llegó

a gobernador de San Luis y, en vez de gobernar con sus compañeros antirreeleccionistas, casi todos abogados, integró un gobierno de médicos ¡porfiristas!) También supuse que López Velarde había dejado la pluma política después del 7 de febrero de 1913, hasta que encontré la declaración al *Universo* del 20 de junio de 1917 y leí la que apareció en *Pegaso* dos meses antes, el 12 de abril. Por último, omití que López Velarde y María Nevares (la novia potosina de "ojos inusitados de sulfato de cobre") fueron presentados por Manuel Gómez Morín, como dijo Luis Noyola Vázquez en *Fuentes de Fuentesanta*, porque la afirmación me pareció dudosa. Ya no.

1. CUPIDO GÓMEZ MORIN

Gracias a Jorge Eugenio Ortiz, que me hizo llegar el *Anecdotario chihuahuense de Manuel Gómez Morín* de Alfonso Escárcega (Jus, 1973, p. 38), donde hay una cita extensa de Joaquín Antonio Peñalosa, descubrí una mala transcripción en sus *Páginas escogidas* (Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1983, pp. 82-87), que habían sido mi fuente: la entrevista original con María Nevares sí habla de Gómez Morín, como lo confirmé en *El Sol de San Luis Potosí* (26.1.71). Gracias a David Huerta, que me dio a conocer el libro de Guadalupe Appendini (*Ramón López Velarde: sus rostros desconocidos*, Novaro, 1971), descubrí una tercera declaración concordante (hay nueva edición del Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 85):

Ramón sabía cuando yo iba a México, y un día que él estaba en la esquina y salió yo, mi tía nos vio desde el balcón y se enojó muchísimo. Algunas veces Ramón iba acompañado de Manuel Gómez Morín, al que mi tía conocía, y un día lo mandó llamar y le preguntó que quién era ese joven. Manuel le dijo que era un amigo muy serio, decente y que me había conocido en San Luis. Y así fue como Ramón pudo entrar a la casa de mi tía Chanita. Ella se apellidaba Nevares de Albistegu.

Resulta, pues, que María Nevares dijo a Peñalosa y Appendini en 1971 lo mismo que había dicho a Noyola antes de 1947, cuando éste publicó la primera edición de *Fuentes de Fuentesanta*. No hay especial razón para dudarlo, aunque todavía me deja intrigado que el joven Gómez Morín (1897-1972), que era nueve años menor, viviera y trabajara con López Velarde (1888-1921), como recuerda María en la entrevista de Peñalosa ("tenían oficina juntos"; Manuel dijo a mi tía: "vive conmigo").

En diciembre de 1911, López Velarde acababa de llegar a México. Hay una carta a Guadalajara, fechada el 18 de no-

viembre en Venado: precisamente la carta donde le reprocha a Eduardo Correa que se desanimó porque Madero lo recibió de "manera muy poco diplomática". Hay un expediente en el cual López Velarde actúa como juez de Venado todavía el 7 de diciembre (lo vio José Francisco Pedraza Montes. *Ramón López Velarde en San Luis Potosí*, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1988, p. 47). Madero había asumido la presidencia de la república el 6 de noviembre, y López Velarde esperaba mejor suerte que Correa, "porque yo sí soy de abolengo maderista". En diciembre de 1911, llega a México, pero no le va mejor: Madero lo manda con su ministro de justicia, Manuel Vázquez Tagle, que no le da más que un empleo de actuario. Cuando Correa le escribe el 6 de abril de 1912, pidiéndole "posada" en la casa de "la señorita Anaya", le pregunta por sus esperanzas cortesanas: "¿Qué probabilidades tiene el festín famoso? ¿Ya consiguió Ud. un ascenso, por todos conceptos merecido?" López Velarde recibe la carta al día siguiente (¡tiempos aquellos premodernos!) y le contesta el 8, desanimado: "Yo estoy como siempre, disfrutando de las migajas del festín."

Hay confirmación de Jesús López Velarde: "En el año 1912 llegamos a México. Vivíamos en una casa de asistencia, en Dolores 9, de doña María del Rayo Anaya, frente al Teatro Ideal. De recién llegado, Ramón fue a visitar a don Francisco I. Madero; lo encontró en el ascensor de Palacio. De aquella entrevista resultó que lo nombrara actuario de un juzgado; cargo que desempeñó por poco tiempo, dado que su temperamento no le permitía lanzar a las personas y quitarles sus pertenencias", en los embargos, en el desalojo de inquilinos (Appendini, p. 18).

Es decir: si López Velarde y Gómez Morín tenían "oficina juntos" en diciembre de 1911, no pudo haber sido en el despacho de Correa (que todavía no llegaba a México), menos aún en *La Nación* (que Correa funda el primero de junio de 1912); tampoco en un despacho de López Velarde, que estaba fuera de sus posibilidades. Tuvo que ser en el tribunal donde López Velarde trabajaba como actuario y Gómez Morín (a los 14 años) no podía ser más que su ayudante ocasional. Por esas fechas, Gómez Morín no había terminado la preparatoria en León, donde estuvo hasta fines de 1913 (según Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la revolución mexicana*, Siglo XXI, 1976, p. 42). Si en diciembre de 1911 estaba en México, era un estudiante de vacaciones, al igual que María (ambos amigos de la misma edad y de la misma región: el sur de Chihuahua). ¿Vivía en la misma casa de asistencia que López Velarde? Es posible, aunque, si fue en San Ángel, no podía ser la casa de Dolores 9, a donde López Velarde pudo haberse cambiado después, al abandonar el cargo de actuario. Quizá vivió en San Ángel, lejos del centro de la vida política y literaria, precisamente porque ahí estaba el juzgado que le tocó. (¿Existirá el nombramiento, firmado por Vázquez Tagle en diciembre de 1911?) En febrero de 1912, López Velarde fue a San Luis y se trajo a su hermano Jesús. Quizá fue entonces cuando llegó a la pensión de Dolores, donde Pedro de Alba (*Ramón López Velarde*, INBA, 1988, p. 16) dice que también se hospedaba (en un paréntesis de su vida diplomática) don Balbino Dávalos, poeta y destacado traductor de poesía (del latín, del griego, del francés, del inglés, del portugués, del italiano), que trabajaba por entonces en sus *Musas de Francia* y orientó a los dos jóvenes provincianos (Ramón y Pedro),

en el mundo literario. Por ejemplo: los mandó con José Juan Tablada, que había publicado unos versos de López Velarde, sin conocerlo, creyéndolo español, y publicó después el primer reconocimiento importante del "nuevo poeta intenso y noble" (*El Mundo Ilustrado*, t. VI 14, recogido en el *Calendario* de Ramón López Velarde XII 11).

Gómez Morín le habló a Escárcega de su amistad con López Velarde y de esa novia "originaria del estado de Chihuahua" (pp. 36-39), pero no de haberlos presentado. Tampoco lo dice en una carta a Efraín González Luna, que me facilitó Krauze: "No sé si le he contado que conocí y traté a Ramón; su madre y su hermana hicieron grande amistad con mi mamá, para quien él tuvo deferencias y atenciones especialmente cariñosas. Fue por los años de 16 y 17. No publicaba aún su primer libro, y su amistad constituyó para mí un deslumbramiento" (15 II 44).

Sobre el fin de María (de cuya muerte y nacimiento no tenemos las fechas exactas), Joaquín Antonio Peñalosa publicó "Dé cómo murió la novia potosina de López Velarde" en *El Sol de San Luis* (25 V 90). Es una entrevista a Jorge Nevares, primo de María, donde resulta que la anciana sobrevivió a sus protectores, quedó sola, fue llevada a México por una sobrina adoptiva, que la devolvió furtivamente a un asilo de San Luis, de donde fue rescatada por su primo, llevada nuevamente a México y devuelta finalmente a la tumba de los Nevares en San Luis.

¡Perdón, María! Novia triste, no nos condenes.

2. MINISTRO POR UN DÍA

Entre el 6 de noviembre de 1914 y el 10 de octubre de 1915, hubo en México dos gobiernos revolucionarios (o ninguno): el de la Convención de Generales y Gobernadores Revolucionarios, convocada por Carranza inútilmente porque lo destituyeron y nombraron presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez; y el de Carranza, que no aceptó la destitución y siguió considerándose Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. De igual manera, la instrucción pública estuvo a cargo de dos ministros (o ninguno): Félix F. Palavicini, en el gobierno de Carranza, y José Vasconcelos, en el gobierno de Gutiérrez (que, de hecho, le concedía un papel de primer ministro).

La Convención se instala en la capital el primero de octubre de 1914, se traslada a Aguascalientes cinco días después, se declara soberana el 16, por iniciativa de Vasconcelos, nombra a Gutiérrez el 6 de noviembre. Carranza sale a México porque Villa y Zapata no aceptan dejar el mando de sus fuerzas, con las cuales toman México y lo obligan a huir a Veracruz. El presidente Gutiérrez llega a establecerse en México el 3 de diciembre, pero cuando quiere hacer lo mismo que Carranza: ser el presidente y estar por encima de las armas triunfantes, lo único que consigue es denunciar los abusos de Villa y Zapata, "destituirlos" y fugarse el 16 de enero de 1915, con su gabinete. La Convención designa en su lugar al general villista Roque González Garza.

Según la *Enciclopedia de México* de José Rogelio Álvarez (1987, artículo "Gobernantes") y el *Diccionario Enciclopédico de México* de Humberto Musacchio (1989, artículo "González Garza, Roque"), el ministerio de instrucción pública del

gobierno de la Convención, abandonado por Vasconcelos, queda a cargo de Ramón López Velarde, cuatro días: del 10 al 20 de enero de 1915; luego, de Joaquín Ramos Roa, del 21 de enero al 10 de junio. Según me dijo Luis Noyola Vázquez, el nombramiento de López Velarde fue sin consultarlo, y no lo aceptó. Repasé el *Diario Oficial* de la Convención (lo que hay en la Hemeroteca Nacional) y no aparecen los nombra-

mientos de ningún ministro, aunque sí muchos acuerdos firmados por ellos. En el ramo de instrucción pública, abundan los acuerdos en materia autoral, firmados primero por Vasconcelos y luego (desde el 21 de enero de 1915) por Ramos Roa; ninguno por López Velarde.

La sucesión de ministros de instrucción pública, según la *Enciclopedia de México*, fue como sigue:

Presidente de la república		Ministro de instrucción pública	
Victoriano Huerta	19 II 15 - 14 VII 14	Nemesio García Naranjo	21 IX 15 - 14 VII 14
Francisco Carvajal	14 VII 14 - 15 VIII 14	Rubén Valenti	14 VII 14 - 14 VIII 14
Venustiano Carranza	20 VIII 14 - 21 V 20	Félix F. Palavicini	25 VIII 14 - 26 IX 16
		Alfonso Cravioto	26 IX 16 - 18 XI 16
		Juan León	18 XI 16 - 28 II 17
		José Natividad Macías	5 V 17 - 21 V 20
Eulalio Gutiérrez	6 XI 14 - 16 I 15	José Vasconcelos	6 XI 14 - 16 I 15
Roque González Garza	16 I 15 - 10 VI 15	Ramón López Velarde	16 I 15 - 20 I 15
		Joaquín Ramos Roa	21 I 15 - 10 VI 15
Francisco Lagos Cházaro	10 VI 15 - 10 XI 15	Otilio Montaño	15 VI 15 - 29 VII 15

José Natividad Macías no fue ministro de instrucción pública sino jefe del departamento universitario y de bellas artes. La constitución de 1917 (en su artículo transitorio 14) suprimió el ministerio de instrucción pública, para dejar la educación a los ayuntamientos y gobiernos locales, exceptuando la educación superior, la investigación científica y la difusión cultural en el Distrito Federal, que formaron ese departamento. Esto se precisó en el decreto del 15 de abril de 1917, que también estipula: "El Departamento Universitario y de Bellas Artes se denominará Universidad Nacional y estará bajo el rector de la institución"; "El encargado del Despacho de Instrucción Pública mandará entregar al Rector de la Universidad Nacional el archivo, edificio y muebles que han correspondido a esa Secretaría [la de instrucción pública] y que pasan a depender de la Universidad Nacional." (Lo vi en la compilación de Salvador Novo, publicada por el secretario de educación pública José Manuel Puig Causaranc, *La educación pública en México a través de los mensajes presidenciales desde la consumación de la independencia hasta nuestros días*, SEP, 1926, gracias a Miguel Capistrán, buscando lo que no encontré: información sobre los ministerios de la Convención).

Con la supresión del ministerio de instrucción pública y la ocupación de sus instalaciones, la Universidad Nacional pasó a depender directamente de la presidencia, como los otros dos departamentos (justicia, salubridad) y las seis secretarías. Cuatro años después, cuando Vasconcelos, siendo rector de la Universidad, promueve la reforma constitucional para que la educación vuelva a centralizarse en una secretaría de educación pública, que nace a su cargo en 1921, despoja de hecho a la Universidad Nacional del rango ministerial, y se lo lleva a la SEP. Así nace la rivalidad entre ambas instituciones.

José Luis Martínez encontró, y me hizo el favor de pasarme, noticias importantes para reconstruir lo que pudo haber sido el ministerio de López Velarde:

Por disposición del señor general Roque González Garza, presidente provisional de la República, los oficiales mayores y en su defecto los primeros jefes de sección se encargarán temporalmente del despacho de las secretarías que han quedado vacantes debido a la fuga de algunos Ministros de Estado. Tal disposición se comunicará hoy mismo a los interesados, a efecto de que por ningún concepto se paralicen los asuntos en trámite de las mismas secretarías. *El Monitor*, 18 I 15.

Ayer por la mañana el Ministerio de Instrucción Pública reanudó sus labores que estuvieron suspendidas solamente un día en vista de la salida del Ministro Vasconcelos. Al frente de la mencionada Secretaría quedó el señor Oficial Mayor que recibió instrucciones de no interrumpir los trabajos del Ministerio, designándosele encargado de esa secretaría de Estado. *El Monitor*, 19 I 15.

Algunos colegas han venido informando que el señor licenciado Ramón López Velarde, jefe de la Sección Universitaria del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, es el encargado accidental de la propia Secretaría, por ausencia del Ministro del Ramo. Mas hemos sido informados que es inexacta tal noticia, y se nos dijo que quien está encargado del Ministerio de Instrucción Pública es el señor Joaquín Ramos Roa, jefe de la Sección Administrativa. *El Radical*, 19 I 15.

Hay que buscar esas publicaciones de "Algunos colegas", pero todo encaja: el nuevo presidente González Garza, que todavía en marzo no se decidía a proponer su gabinete, esperando instrucciones de Villa (Luis Fernando Amaya C., *La soberana Convención revolucionaria 1914 - 1916*, Trillas, 1966, pp. 268 - 270), no designó a nadie: formuló una mecánica de sucesión, para que todo siguiera andando. Así, el jefe de la Sección Administrativa ascendió a ministro; pero no está claro si fue porque a él le tocaba, o porque le tocaba al jefe de

la Sección Universitaria y no aceptó, o porque la mecánica daba lugar a un tuteo que, de alguna manera, se resolvió a favor de Ramos Roa.

Lo cual traslada las aclaraciones pendientes. ¿Será verdad que López Velarde fue tan importante en la Universidad?

3. LÓPEZ VELARDE Y LA UNIVERSIDAD

Alguna vez me pasó por la cabeza la siguiente pregunta: ¿Por qué López Velarde no estuvo en Tlaxcalantongo, con su jefe y amigo Manuel Aguirre Berlanga? Luego descubrí que otros también se lo habían preguntado, sin declararlo abiertamente: daban explicaciones. Alguna (que ahora no encuentro) me pareció francamente descabellada: ya iba en el tren, pero lo bajaron para que fuera a entregar la Universidad.

Lo que pasó, simplemente, es que la huida del gobierno de Carranza fue caótica y acosada por los golpistas, como lo narra magistralmente Martín Luis Guzmán en *Muertes históricas*: no todos alcanzaron a salir. Hay testimonios de que López Velarde se quedó con las maletas hechas, y José Emilio Pacheco encontró el párrafo de una carta donde lo cuenta: "El día 7 del pasado [mayo de 1920] salí con los trenes del Gobierno... pero no pasé de este lado de la Villa, pues el enemigo nos rodeó. Pude dejar mi equipaje en la casita de un ferrocarrilero y presentarme en mi casa a las 6 de la tarde" (*Obras*, p. 772).

Pero seguí encontrándome testimonios sobre López Velarde y la Universidad, como el siguiente, que también parece descabellado, y no lo es (aunque el año, el puesto y la mención de Chávez están mal): "en 1917, en su carácter de Oficial Mayor de la Universidad, discute, apoya e interviene, juntamente con Ezequiel A. Chávez, Palavicini, etc. —en folleto impreso corren estas discusiones—, en la petición que se hacía al Primer Jefe, Venustiano Carranza, en favor de la autonomía de la Universidad de México" (Salvador Toscano, "Las ideas políticas de Ramón López Velarde", *Taller* v 39, p. 221). Octavio Paz, que publicó el artículo, no recuerda que la afirmación sonara extraña, por lo cual me puse a buscar ese folleto, que apareció en la Biblioteca México, gracias a José Luis Martínez, Luis González y Julio Hubard: *La Universidad Nacional Autónoma. Proyecto de ley presentado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Veracruz, Imprenta de la SIPYBA, 1915. Contiene el programa de la ceremonia de toma de posesión del rector (el 11 de septiembre de 1914) y los discursos del ministro y el rector ante Carranza. Luego las actas de discusión del proyecto de ley en tres sesiones (27, 30 y 31 de octubre de 1914) y el proyecto de ley. Participan en la discusión, en el salón principal de la secretaría, los señores "Ing. Félix F. Palavicini, Oficial Mayor Encargado del Despacho de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; Lic. Ramón López Velarde, Jefe de la Sección Universitaria de la propia Secretaría; Lic. Alfonso Cravioto, Director General de las Bellas Artes; Ing. Valentín Gama, Rector de la Universidad Nacional; los Sres. Dr. Jesús Díaz de León, Lic. José N. Macías, Dr. José de J. Sánchez, A. de Ibarrola, Gerardo Murillo [el Dr. Atl], Prof. Ramón Córdoba; respectivamente Directores de las Facultades de Altos Estudios, Jurisprudencia, de Medicina, Ingeniería, Bellas Artes y Odontológica; el profesor Juan León, Secretario General de la Dirección General de Instrucción Pública y el Secretario que suscribe" (E. González Llorca).

El orden protocolario de las firmas se mantiene en las tres actas: primero el ministerio, luego la universidad y, finalmente, los secretarios de la reunión; dentro del ministerio, primero el ministro, luego los jefes de sección; dentro de éstos, primero el jefe del ramo en discusión. Así resulta que López Velarde es siempre el número dos, aunque la voz cantante la llevan el ministro y el rector.

Con el testimonio anterior, concuerda Miguel Ángel Granados Chapa (*Alfonso Cravioto. Un liberal hidalguense*, Océano, 1984, pp. 86-87, 132): Palavicini nombra a Cravioto jefe de la Sección Universitaria el 24 de agosto de 1914. "Semanas después de su inicial nombramiento, Cravioto pasa a ser director de Bellas Artes, y nombra para reemplazarlo en la sección universitaria al poeta Ramón López Velarde. Sin embargo, mientras estaba en su primer destino, realiza una aportación de gran relieve a la historia de la enseñanza superior. Junto con el licenciado José Natividad Macías, director en ese momento de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, prepara un anteproyecto de ley universitaria. Hacía apenas cuatro años que la Universidad Nacional, bajo la égida de Justo Sierra, había sido reconstituida. Pero era una dependencia gubernamental, inserta en la secretaría de Instrucción Pública. El documento de Cravioto y Macías la concibe, por primera vez en México, como una institución autónoma."

Otro testimonio de que López Velarde tuvo ese nombramiento está en el relato de Pedro de Alba que transcribo adelante. Vasconcelos le dice a López Velarde (p. 48): necesito "que me ayude en la Secretaría como lo hizo en la época de la Convención". La reconstrucción de este argumento sería: Cuando, en noviembre de 1914, la Convención desconoció a Carranza, y nombró presidente a Eulalio Gutiérrez, que me nombró ministro de instrucción pública, usted me ayudó, al aceptar mi invitación a continuar como jefe de la sección universitaria, aunque ya no estaba Carranza, sino Gutiérrez. Ahora que vuelvo a ser ministro de instrucción pública, siete años después, vuelva a ayudarme, aunque ya no esté Carranza, sino Obregón.

Un testimonio concordante es el de Eduardo Correa, en un pasaje de su diario (25 IV 16) contra López Velarde, recogido por Guillermo Sheridan: "No tuvo empacho en servir a la Convención, ni en olvidar el asesinato de su tío" (Inocencio López Velarde, el sacerdote fusilado por los villistas en la toma de Zacatecas, el 23 de junio de 1914: unos meses antes).

También concuerda una solicitud del 20 de julio de 1916, encontrada por Alfredo A. Roggiano (*Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, 1989, p. 149): Antonio Castro Leal pide al ministro de instrucción pública que se vuelva a expedir el título de abogado de Henríquez Ureña (que se había ido del país) porque el original, devuelto "para que se revalidara (ya que el título había sido extendido por el gobierno de la usurpación), se extravió en los archivos de ese mismo Ministerio, según pueden informar el secretario particular y el jefe de la sección Universitaria en aquel tiempo, Lic. Mariano Silva Aceves y Ramón López Velarde respectivamente."

Está, además, el testimonio de Jesús B. González: "Trabajé a su lado en la Secretaría de Educación, cuando fue jefe del Departamento Universitario; después ocupé un puesto en Comunicaciones y otro en Gobernación, debido a su influencia y generosidad. Estuve a punto de partir a Italia, como Segundo Secretario de la Legación a propuesta de él, en cierta ocasión

en que tuvo en las manos el nombramiento de Primer Secretario. Asuntos de política intensa de aquellos momentos hicieron que el proyecto no se llevara a cabo." ("La familia de López Velarde", *Revista de Revistas*, 21 VI 56; recogido en el *Calendario de Ramón López Velarde* v 71).

Concuerda, por último, don Leopoldo López Velarde (el hermano sobreviviente), entrevistado por Guadalupe Appendini (*A la memoria de Ramón López Velarde*, Gobierno del Estado de Zacatecas, 1988, pp. 101 - 102): los tíos que sostuvieron a la familia (Salvador y Sinesio Berumen) emigraron a la capital en 1913, pusieron la Farmacia Berumen en las calles de Córdoba y consiguieron un departamento cercano en las calles de Jalisco (hoy Álvaro Obregón) para traer a su hermana Trinidad y sus sobrinos López Velarde. Ramón trabajaba mucho porque "no era posible dejarle toda la carga a mis tíos, los que por muchos años no habían sostenido": "trabajó en la Secretaría de Educación, como jefe del departamento universitario, después aceptó un puesto en la Secretaría de Comunicaciones y más tarde en la Secretaría de Gobernación, al lado de Manuel Aguirre Berlanga." (Esta segunda referencia a un cargo en Comunicaciones es otro punto ignorado, que merece aclaración.)

Jesús B. González, en el artículo antes citado, difiere en algún detalle: dice que la farmacia estuvo en las calles de Orizaba. Añade que los tíos murieron "pocos años antes que Ramón". Es de suponer, entonces, que los sobrinos se hicieron cargo de la farmacia: porque los tíos no tuvieron hijos ("Don Sinesio permaneció soltero y don Salvador fue casado, pero el matrimonio no llegó a tener hijos"); porque de la farmacia salía el apoyo que les daban sus tíos; por la descripción que hace de un hermano de Ramón ("Trinidad, dedicado a la farmacia, copia del carácter sencillo de los tíos maternos"); porque seguramente Jesús López Velarde, el hermano médico, era el responsable titular de la farmacia.

Todo está por aclararse. El nombramiento de jefe de la sección universitaria puede considerarse ahora establecido en forma indudable, pero ¿cuál era su alcance? Por lo que hace a jerarquía, parece de tercer nivel (secretario, subsecretario, jefe de sección). Por lo que hace a radicación, parece una función del ministerio, no de la universidad (lo que hoy sería un director general de institutos tecnológicos, a diferencia del rector de un instituto tecnológico); si bien la Universidad era parte del Ministerio. Por lo que hace a funciones, no tengo idea: ¿aprobación de planes de estudios?, ¿registro de títulos?, ¿tramitación de becas? No hay que olvidar la escala de entonces: en 1914, la Universidad Nacional otorgó 142 títulos profesionales (Arturo González Cosío, *Historia estadística de la Universidad 1910 - 1967*, UNAM, 1968, p. 104). Aquel ministerio no era ni la milésima parte de lo que ha llegado a ser el monstruo SEP/UNAM.

4. ZOZOBRA

En "Un amor imposible de López Velarde", me atreví a suponer que, en el año transcurrido entre la muerte de Carranza (21 V 20) y la suya propia (19 VI 21), López Velarde se debilitó por intensos sentimientos de fracaso y de culpa, y quizá hasta se vio en el espejo de María Nevares como una víctima del amor imposible, lo cual fue decisivo para su muerte prematura. "Quizá estaba sin nada, y el viaje a San Luis Potosí fue

también para ver si había algo, regresivo de varias maneras (María, San Luis, el alma máter). En todo caso, un trasfondo agravante del último año de su vida, fue la tragedia carrancista, que seguramente vivió como una repetición (nacional, personal) de la maderista." "Hipótesis excesiva, pero no descabellada: el mismo golpe que derribó a Carranza se llevó de paso a López Velarde. Por lo cual resulta irónico o maquiavélico (sabiduría 'revolucionaria institucional') que haya sido el golpista, precisamente, quien decretara su consagración oficial." Esta suposición ya no me parece excesiva.

a) López Velarde era íntimo de dos médicos: su hermano Jesús, con el cual vivía, y Pedro de Alba, con el cual se veía a diario. El doctor Pedro de Alba certificó la defunción por bronconeumonía. Pero esta enfermedad, mortal para los ancianos y los niños, no puede causar la muerte de un adulto robusto, a menos que esté debilitado por otras enfermedades u otras causas, me dice el patólogo Ruy Pérez Tamayo. ¿Una depresión profunda? Puede ser.

Se ha hablado últimamente de sífilis, quizá porque el enfriamiento (en una larga caminata nocturna de mayo o de junio) parece insuficiente como causa de muerte. Pero no hay testimonios ni documentación. El origen de esta hipótesis es "La flor punitiva" (*Obvas*, p. 247), donde López Velarde habla (con humor negro) del purgatorio que eran las enfermedades venéreas, cuando no había sulfas ni antibióticos. Pero, según el doctor Pérez Tamayo, del texto se desprende que López Velarde padeció blenorragia en más de una ocasión, de ninguna manera sífilis. Y no hay indicios de enfermedad venérea en el momento de su muerte: la sintomatología concuerda con el certificado del doctor Pedro de Alba. Hubiera hecho falta una autopsia para establecer la causa concurrente, por la cual una infección de neumococos vulgares pudo matar a un hombre robusto de 33 años.

A López Velarde no le dio una enfermedad incurable. Tampoco le faltó atención médica ni farmacia, que las tuvo en casa. Cierta fatalismo rondó su enfermedad, como si sus íntimos sintieran que se quería morir. "Ya enfermo, seguimos compartiendo el reducido cuarto. Me sentía triste al verlo tan enfermo, y sobre todo sabiendo, como médico, mi importancia para salvarlo." (Jesús López Velarde a Guadalupe Appendini, p. 147). Jesús B. González se "mantenía en el pasillo del departamento o en la puerta de la recámara de Ramón, como una esfinge. No quería hablar ni hacer comentarios. Y, en la noche de la suma gravedad, lo sorprendí sentado en el piso de la habitación contigua a la de nuestro enfermo, sollozando como un niño desamparado." (Pedro de Alba, p. 49). El mismo Jesús Buenaventura González Flores contó (Appendini, pp. 135 - 135) que una gitana leyó en la mano de López Velarde que moriría de asfixia, y que, la víspera de morir, "mostrándome su mano larga y expresiva", como si ahí estuviera su sentencia de muerte, se lo recordó: "¿No recuerdas? ¿Qué cosa? Aquello que me dijo la gitana. ¡Mírame cómo estoy!"

Cuenta Celestino Gorostiza: "A los colegas de mi hermano [José], los conocí el día de la muerte de nuestro padre, en 1921, cuando fueron a acompañarlo en el duelo. Ahí estaba López Velarde, esbelto, robusto y erguido, según lo recuerdo, pero tal vez más apesadumbrado de lo que el caso requería. A la vista del cortejo, le oímos decir con apagada voz: 'Pronto seguiré yo el mismo camino'. Unos meses más

tarde asistíamos a su sepelio." (*El trato con escritores. Segunda serie*, INBA, 1964, pp. 99 - 100).

b) De estudiante en San Luis, López Velarde había conocido a Manuel Aguirre Berlanga (1877 - 1953), compañero de leyes y hasta de casa de asistencia, aunque era once años mayor (al parecer, había sacado el título en Saltillo y lo sacó de nuevo en San Luis). Aguirre Berlanga fue diputado de la legislatura coahuilense que facultó al gobernador Carranza para levantarse en armas, al día siguiente del golpe contra Madero; destacó durante la insurrección; fue transitoriamente gobernador de Jalisco, diputado del congreso constituyente de 1916 - 1917 y finalmente secretario de gobernación del presidente Carranza hasta el 21 de mayo de 1920, cuando Carranza (como Madero en 1913) muere acorralado por sus pretorianos.

Con el carrancismo, parecía que López Velarde, por fin, saldría adelante: triunfaba nuevamente la revolución, quedaba nuevamente del lado bueno, y esta vez con mayores esperanzas. Empezaba a prosperar como escritor, como abogado y como político. Había puesto un despacho en Madero (dirección por demás significativa, donde hoy está la Torre Latinoamericana) con Francisco del Campo (también compañero de leyes y de casa en San Luis) y era abogado consultor de su amigo el secretario de gobernación. (Lo cual también debe aclararse. Huele a ese arreglo conocido entre compañeros universitarios, cuando uno llega a ministro: ponen un despacho o negocio que realmente es del ministro). Empezaba a tener influencia literaria, profesional y política. Se hablaba de tú con Enrique González Martínez, que era el sumo pontífice de las letras mexicanas. Hasta parecía que, por fin, iba a tener dinero para darle una situación decorosa a su madre y a sus hermanos, y para formar su propia familia. Todo lo cual desembocó en tragedia, como en una fatal repetición:

Siempre que inicio un vuelo
por encima de todo,
un demonio sarcástico maulla
y me devuelve al lodo.

López Velarde no estuvo en Tlaxcalantongo, pero Aguirre Berlanga, que acompañó a Carranza en la huida y durmió en el mismo jacal sobre el cual llovieron los balazos, aunque salió ileso, quedó como trastornado. Seguramente, "contagió" a López Velarde, que vivió el horror como experiencia de su amigo, como virtual experiencia propia (fue accidental que se quedara en México) y como una experiencia colectiva, porque la conmoción fue nacional. Además, para su vida práctica, la conmoción era total: la recaída en el abismo de la nada, para empezar otra vez de cero.

En 1913, después del asesinato de Madero, López Velarde había regresado a San Luis, derrotado y seguramente asqueado de la capital, donde tanta gente empezó a cooperar con los asesinos, como si nada hubiera pasado. Pero ya no tenía que hacer en San Luis y, antes de un año, volvió definitivamente a México, a donde se habían ido sus tíos protectores, su madre y sus hermanos. En 1920, después del asesinato de Carranza, más derrotado (porque su conquista de la capital había llegado más lejos) y quizá más asqueado, vuelve a San Luis brevemente, cuando muere el padre de María Nevares, en una regresión simbólica, y posiblemente práctica: deseando la oportunidad de empleo o negocio, lejos de la capital.

Según Arturo Arnaiz y Freg ("Ramón López Velarde y la pequeña propiedad", *Norte* IV 61; reproducido en el *Calendario de Ramón López Velarde* IX 71) y Eugenio del Hoyo (*Jerez, el de López Velarde*, 3ª ed., Fondo de Cultura Económica, 1988) todos los jerezanos soñaban con independizarse en negocios del campo, artesanales, comerciales. Cuenta Pedro de Alba (p. 48):

Quando sobrevino la caída del presidente Carranza, Ramón López Velarde tomó la derrota como suya y se impuso un huraño alejamiento de la vida pública. No quería aceptar empleos o comisiones porque creía que con aquello traicionaba la memoria de su padrino, que así llamaba a don Venustiano. Después de haber ocupado puestos públicos de importancia, contaba Ramón con un capital de quinientos pesos, con los que pensaba poner una planta avícola. Cuando le comunicó aquel plan a José Juan Tablada, éste hizo una de sus famosas frases: "Hombre, Ramón, en México todo el mundo quiere hacerse rico con las gallinas... Usted no tiene otro camino que volver a la vida pública en donde tanta falta hace."

Jesús B. González y yo éramos diputados en la época de los presidentes De la Huerta y Obregón. Al licenciado Vasconcelos, entonces rector de la Universidad, lo frecuentábamos para tratar algunos asuntos de interés para nuestros electores y, como le ayudamos en los trámites para que se aprobara la ley de la nueva Secretaría de Educación, nos dispensaba grandes atenciones y nos hacía frecuentes servicios. Después de preparar el terreno cuidadosamente, invitamos Jesús y yo a Ramón López Velarde para que nos acompañara a ver al futuro ministro de Educación.

Vasconcelos conocía y admiraba a López Velarde. En cuanto llegamos a su despacho, le tendió los brazos y con todo señorío



Autorretrato de Dante Gabriel Rossetti

y naturalidad le dijo a Ramón: "Lo he andado buscando, lo necesito para que me ayude en la Secretaría, como lo hizo en la época de la Convención. Ya sé de la resistencia que usted tiene para servir a este régimen; pero le advierto que no es usted el que viene a ofrecerse, nosotros lo buscamos porque nos hace falta. Usted tiene la obligación de servir a México y de no negarnos su cooperación." López Velarde se veía conmovido con aquel recibimiento, pero siguió inflexible por cuanto a aceptar cargos de importancia.

Fue entonces cuando Vasconcelos le propuso que formara parte del cuerpo de redacción de la revista *El Maestro*, y en una forma terminante le dijo: "Ya que usted no quiere servir en un puesto de los que se consideran políticos, acepte una comisión para que escriba descansadamente y haga lo que quiera. Le repito que usted es el que nos hace un favor dándonos las primicias de sus escritos para nuestra revista, la que dirigirá Agustín Loera y Chávez, que también es amigo suyo." Ramón cedió a estas instancias del licenciado Vasconcelos y pocos días después formaba parte del cuerpo de redacción de la revista *El Maestro*. Allí, en sus oficinas de la calle de Gante, le veíamos tarde a tarde Jesús B. González y yo; lo acompañábamos en su ritual merienda y después hasta su domicilio de Jalisco 71.

Fue aquella una época de desbordante creación poética de López Velarde y de nostalgia de su terruño zacatecano; la compañía de Jesús le era doblemente estimulante. Entonces escribió "La Suave Patria", la que Jesús y yo vimos nacer estrofa por estrofa, sin imaginarnos que aquel canto se iba a publicar como obra póstuma, unos días después de su muerte.

Sobre los escrúpulos de López Velarde, hay también testimonio de Enrique González Martínez en *La apacible locura (Obras completas, El Colegio Nacional, 1971, p. 765)*: "A Chile me escribió a raíz de mi llegada [como embajador de México]. Era su carta una explicación innecesaria de las razones que lo obligaban a aceptar un empleo del gobierno que había derrocado al que él había servido. De la epístola comenzaba con estas palabras impregnadas de sincera amargura: 'Agotadas mis reservas morales y económicas'... Yo comprendí todo." Por cierto que la carta completa no se conoce: hay que buscarla en los archivos de González Martínez.

En 1965, cuando sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres, José Gorostiza recordó cómo López Velarde, "lastimado profundamente en sus sentimientos por el asesinato [de Carranza] se negó desde entonces a colaborar en ningún puesto con el gobierno de la República. Sus amigos, que veían azorados crecer su silenciosa pobreza, lo obligaron materialmente a aceptar una clase de literatura en la Escuela Preparatoria y alguna magra remuneración que le daba la revista mensual *El Maestro (Prosa, Universidad de Guanajuato, p. 226)*. (En *El Maestro*, donde ambos trabajaban, se hicieron muy amigos.)

En los archivos de la UNAM, según las copias que me facilitó amablemente María del Refugio González, está el papeleo burocrático del profesor López Velarde: de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria (nombrado el 4 de septiembre de 1914 como interino del primer curso, por Félix F. Palavicini, ministro de instrucción pública de Carranza; transferido al segundo curso todavía como interino, con un sueldo anual de \$1,204.50, el 16 de abril de 1915, por Joaquín Ramos Roa, ministro de instrucción pública de Roque González Garza; signatario, ya como titular, de la exigida jura de lealtad

al carrancista Plan de Guadalupe, el 15 de octubre de 1915; cesado el primero de enero de 1916, sin que conste por qué); luego profesor de Literatura Mexicana e Hispano-Americana en la Facultad de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras (nombrado el 11 de febrero de 1921 por José Vasconcelos, entonces jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes, es decir: rector de la Universidad Nacional, bajo el presidente Obregón; comisionado a la Escuela Nacional Preparatoria, el primero de marzo de 1921, para que tome la mitad de los alumnos de Federico Gamboa, ya que en la cátedra de Altos Estudios no tuvo alumnos; cesante por defunción el 19 de junio de 1921). Queda claro que Vasconcelos le dio un nombramiento artificial, para darle algo.

Sobre la pobreza creciente de López Velarde, escribió él mismo, en sus últimas cartas: "Estoy más pobre que de costumbre." (3 VIII 20); "Yo he estado muy trastornado en mis asuntos, y muy pobre, como le decía en mi anterior. De salud, bien." (1 IX 20).

Con la "magra remuneración" de la revista *El Maestro*, con los \$115 del pago de marcha que dio la Universidad y con algo más, que salió tal vez de la farmacia, Jesús López Velarde pudo cumplir la última voluntad de Ramón: pagar su deuda de \$500 pesos a Ignacio Gastélum (Appendini, p. 147). Horrible coincidencia: "Cuando mi papá murió, en 1908, el finiquito económico era que se debían \$500..." (Appendini, p. 81).

Sospecho que los \$500 pesos con los cuales López Velarde quería poner su planta avícola eran precisamente los que le había prestado Gastélum, y que se los gastó, mientras buscaba desesperadamente salidas para no trabajar en el gobierno. Sospecho que agotadas sus reservas económicas y morales, se sintió un fracasado, con ganas de morir. Tanto Ramón como su padre se esforzaron mucho, a partir de una situación precaria: sacaron un título profesional y llegaron a construirse una mediana posición, que se derrumbó por razones políticas. Ambos murieron en la inopia, dejando a su familia con una deuda de \$500.

Su padre trató de ser un jerezano triunfador, y en un negocio por encima de los que emprendían los otros jerezanos: una empresa cultural, un colegio católico. La política jacobina destruyó su independencia, y acabó en la humillación de que su familia tuviera que arrimarse a los Berumen: los parientes políticos, en mejor posición. En ese ambiente se educó el primogénito, como hijo de viuda, talentoso y tenaz, que tenía que sacar adelante a la familia, triunfar donde su padre había fracasado. Pero, a los 35 años, seguía arrimado: a su familia materna, como siempre, y, para colmo de humillaciones, a la familia revolucionaria que acababa de matar a su "padrino", y que se acomedia a recoger al ahijado (como Huerta, que intentó ahijar al huérfano Alfonso Reyes, ofreciéndole el puesto de secretario particular). Murió poco después, en el seno de su nueva familia política, que lo presentó como suyo y lo exaltó a la gloria nacional. Y como si tuviera que seguir a la sombra del caudillo asesino, la calle donde vivió y murió se llama ahora Álvaro Obregón.

López Velarde estuvo con Madero y, al triunfo de la revolución, se sintió emancipado, aunque Madero le fallara en lo personal, y no obtuviera beneficio alguno de su militancia. "No estaremos viviendo en una República de ángeles, pero estamos viviendo como bombres, y ésta es la deuda que nunca le pagaremos a Madero" (*Obras*, p. 765). A diferencia de

Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Enrique González Martínez y otros escritores modernistas; a diferencia de José López Portillo y Rojas y otros escritores católicos; López Velarde, después del cuartelazo, no se arrojó a Victoriano Huerta. Por el contrario, creyó en Carranza, lo cual lo puso en un gran conflicto: creía en la restauración de la democracia maderista, no en la destrucción de la alianza maderista entre liberales abiertos y católicos demócratas; menos aún, en la persecución religiosa.

Antes, cuando trató de abrirse paso literario, encontró la resistencia de Pedro Henríquez Ureña, que desconfiaba de los católicos. Después, cuando empezó a tener éxito en el *Establishment*, Eduardo Correa y otros católicos sintieron que claudicaba por un plato de lentejas. Quizá lo sentía él mismo, en momentos depresivos. Pero todo iba bien: como poeta, como abogado, como político, había dejado muy atrás a Correa, a quien le debía toda su carrera inicial, y a quien temía quizá corresponderle porque le debía demasiado, y porque seguir de militante católico lo hubiera obligado a romper con el medio que ahora lo aceptaba. (Aunque, también hay que decirlo, en honor suyo y del medio literario: nunca negó la cruz de su parroquia. Integrado a un gobierno jacobino, publicó *La sangre devota*, un primer libro que era una declaración de fe, desde el título, y que fue muy celebrado.) La decepción de Correa fue inmensa, como consta en su diario y otros escritos encontrados por Guillermo Sheridan: "el huracán revolucionario arrebató a nuestro bardo llevándolo al campo enemigo. Joven, sediento de gloria, sin prensa ni estímulo entre los nuestros [los católicos], no resistió a la seducción de los enemigos que lo lisonjaban". Si para los jacobinos era un mocho, para los militantes católicos era un desertor, arrojado a los carrancistas.

Aunque el reproche es póstumo, no pudo ser ignorado por López Velarde: o se lo dijeron, o se lo hicieron sentir, o (en momentos depresivos) se lo dijo a sí mismo. Los carrancistas hicieron barbaridad y media contra los católicos, y especialmente contra la cultura católica. Expulsaron a los jesuitas, clausuraron templos, destruyeron la famosa biblioteca y pinacoteca episcopal de San Luis, expropiaron *El Regional* de Guadalajara y, en vez de favorecer la reapertura de *La Nación*, que tan gallardamente había combatido a Huerta, se llevaron las máquinas. Sin hablar de las atrocidades en Jerez, ni del asesinato de su tío, el padre Inocencio López Velarde, cuando quiso defender de la tropa a las colegialas de un colegio católico.

Todo lo cual, quizá, debía olvidarse en aras del civilismo: de la nueva república restaurada que trataba de neutralizar a los caudillos armados y hasta de imponerles un sucesor civil en la presidencia: el ingeniero Manuel Bonilla. Más aún si el carrancismo en el poder, a diferencia del maderismo, reconocía los méritos de López Velarde.

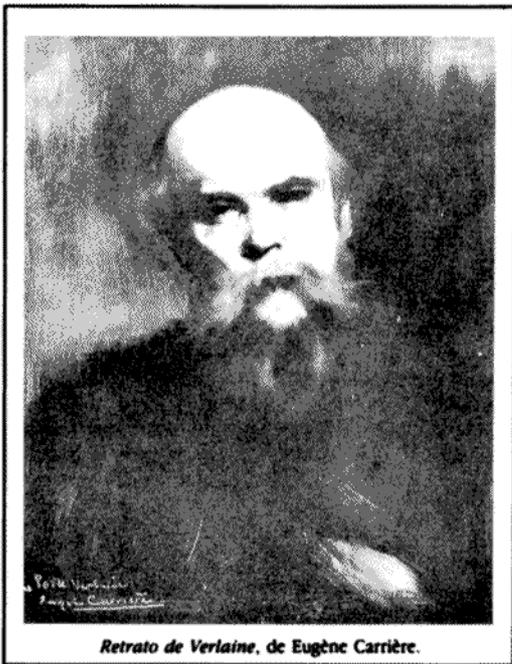
Pero vino el derrumbe de este comienzo de prosperidad, el fracaso del civilismo, la imposibilidad de construirse una independencia alejada de los pretorianos, el abismo de tener que aceptar de ellos, precisamente, un nuevo plato de lentejas. Por segunda vez lo lisonjaban del campo enemigo. Por segunda vez aceptaba, con menor justificación. Sus sentimientos de culpa y de fracaso tuvieron que ser intensos. Arrimarse a Obregón, como si nada hubiera pasado, era igual que arrimarse a Huerta, como si nada hubiera pasado. Si dejar la

militancia católica para servir a la Convención y al carrancismo, podía justificarse como civilismo, ¿cómo aceptar las migas del festín de las balas, el pan de los asesinos del civilismo? Con ganas de morir.

Asombra que por entonces escribiera dos textos esperanzados en la reconstrucción de México, que tuvieron (y seguirán teniendo) resonancia: "Novedad de la Patria" y "La suave Patria". Su fe en la patria "inaccesible al deshonor", "impecable y diamantina", que "no cesa de solicitarnos", superaba la deprimente realidad. Exaltó los valores de la pobreza tradicional, que vive "al día, de milagro, como la lotería", frente a la nueva riqueza petrolera, que tanto les sirvió a los golpistas para ser dádivosos como el diablo, comprador de almas. Frente a los veneros de petróleo, frente a la riqueza negra del inframundo, "El Niño Dios te escrituró un establo": la pobreza feliz.

Los que buscan razones metafísicas para la soltería de López Velarde, a pesar de que intentó casarse dos veces (y en ambas fue rechazado, por mujeres talentosas: la maestra Margarita Quijano, la pianista Fe Hermosillo, que no podían dejar de ver la situación de su pretendiente), ignoran algo elemental: no tenía con qué ponerle casa a nadie; ni a su madre viuda, ni a su pretendida mujer. Había cumplido 33 años, y seguía en la ruina que heredó.

Quizá el cumpleaños fue un recordatorio especialmente amargo. Cuatro días después, su inmensa responsabilidad fallida como sostén de una familia, la angustia de tener más ambiciones que recursos aceptables para su conciencia, los sentimientos de culpa y de fracaso, lo asfixiaron con una bronconeumonía, a pesar de que unos meses antes era un hombre "robusto y erguido", que pensaba en morir, estando "De salud, bien."



Retrato de Verlaine, de Eugène Carrière.